

¡Cavernarios, el pensamiento no se multa ni se encarcela!

(VOLPONE)

MIÉRCOLES 30 DE AGOSTO DE 1967

El discurso del Cardenal

La opinión pública no se enteró suficientemente del discurso que pronunció el Cardenal Raúl Silva Henríquez ante unos 400 maestros de la Universidad Católica. Y es una lástima, porque en esa ocasión el jefe de la Iglesia Católica hizo un inteligente recuento de las incidencias que culminaron con la toma de la Universidad Católica por parte de los estudiantes, exponiendo, al mismo tiempo, su pensamiento ante el delicado problema.

El Cardenal hizo su exposición empleando un lenguaje directo, llano y, por sobre todo, revestido de un profundo contenido humano. Fue su disertación la de un hombre con los pies muy bien puestos sobre la tierra y con una conciencia muy clara de lo que son las exigencias que en todos los órdenes de la vida plantean los tiempos que vivimos. No se detuvo en vaguedades ni se enredó en una dialéctica tan propia de aquellos que hacen de sus existencias una ardua y exclusiva preocupación por los asuntos y negocios que no son de este mundo. Monseñor Silva Henríquez sabe que debe "convivir y dirigir" en este valle de lágrimas y procede con la lógica sensatez de uno de los miembros de esta materializada comunidad de hijos de Dios.

Bolsón reaccionario

¿Y qué dijo el Cardenal? Expresó que él intervenía en el conflicto universitario por instrucciones directas del Vaticano; que la solución que le había dado quizás tuviera errores; que la Universidad es de los estudiantes y los maestros, y que por lo tanto ellos debían participar de su espíritu, de su dirección y de su orientación. Es decir, el Cardenal, con otras palabras, dijo lo mismo que habían venido sosteniendo los estudiantes. Les encontró, pues, la razón, les dio un tácito respaldo y llamó a las fuerzas vivas del plantel, esto es, alumnos y profesores, a trabajar por la "nueva Universidad". No dijo que la huelga era de "inspiración marxista", que la directiva estudiantil estaba "infiltrada por el comunismo" y que la actitud de los estudiantes implicaba "una rebelión contra el principio de autoridad". No dijo nada de esto, porque tales afirmaciones sólo correspondieron a las canallescas patrañas inventadas por el más hipócrita, torcido, turbio, decadente y siniestro de los diarios que circulan en el país. Esa fue la argumentación urdida por "El Mercurio" para hacer fracasar el movimiento del alumnado, puesto que él significaba arrojar de los centros de poder de la Universidad al más poderoso bastión de influencia estudiantil que le quedaba a la oligarquía chilena. Todo el grupo directivo de la Universidad era un "bolsón de reaccionarios" que había quedado atrincherado en ese plantel de educación superior. Pero los alumnos no combatieron a esos hombres por sus ideologías políticas o por lo que económica o socialmente representaban. Determinaron desalojarlos de sus posiciones, porque ellos aplicaron un criterio político en la conducción de la Universidad, ya que en vez de abrir esta casa de estudios a las exigencias de los nuevos tiempos y hacerla "sensible y receptiva" a las presiones de la moderna era que vivimos, trataron de ponerle al pensamiento universitario un "cinturón de castidad intelectual".

Un ataque canallesco

El Vaticano, con su experiencia y perspicacia milenarias, ha tenido una singular sabiduría para designar a los jefes de la Iglesia Católica chilena. Primero fue el inolvidable pastor José María Caro, recordado como el Cardenal de los Pobres y por quien el pueblo aún guarda gratitud, admiración y reverencia. Después fue Raúl Silva Henríquez, sacerdote progresista y modesto, de gran inteligencia y plenamente compenetrado de los desafíos que plantea el siglo XX. Es a esta respetada, digna y ejemplar figura a la que "El Mercurio", con una insolencia que va más allá de lo tolerable, dedicó un injurioso ataque personal, burlándose de su condición de hijo de una provincia agraria y presentándolo como un guasón torpe, inculto, irresponsable, doble y cobarde. Usó para ello una columna que firma el "mozo intelectual" de los Edwards, o sea, su "destartalado y colorado" director, René Silva Espejo. El ofensivo artículo, que ha causado verdadero estupor en todos los sectores cristianos del país y no cristianos, es una descarnada y patética muestra de la degradación moral a que ha llegado ese órgano periodístico de la Derecha y que cuando irata de defender los intereses de la clase que representa no trepida en ofender con su insolente y torva palabrería a las personalidades más auténticamente representativas de los valores morales y culturales de la comunidad.